

“AMOR DE MADRE”

Kurt Shaw

Trabajando con niños de la calle, pandilleros y ladrones, he tenido numerosas oportunidades de ver muchísimos tatuajes¹. Entre todas las palabras e imágenes que los jóvenes eligen tatuarse en el cuerpo he observado un denominador común entre los *Crips and Bloods* de Nueva York, los *sicarios* de Medellín y los pandilleros de Brasil. Un mensaje destaca entre los demás, y quizá sea expresado mejor en un tatuaje que vi en la ciudad brasileña de Recife el año pasado: “*Amor só de mãe*” (“Amor de madre”)².

La mayoría de los ensayos sobre la delincuencia y la violencia intenta emplear el conocimiento académico para resolver los problemas de las partes más degradadas de las ciudades y los barrios marginales, pero en éste quiero hacer justo lo contrario. Al poner la frase “Amor de madre” en diálogo con las tradiciones psicoanalíticas y teológicas, observamos que los pandilleros³ tienen algo que enseñar a la academia... y a la sociedad en general. En sus reflexiones sobre las madres y el amor, han descubierto una importante ruta para salir de la violencia postmoderna.

El agosto pasado, durante un taller en Argentina, enseñé a un muchacho (antes un niño de la calle y ratero) cómo hacer cine documental⁴. Como símbolo central de la película Alejandro eligió el desagüe de las alcantarillas bajo la ciudad de Córdoba, al que él y sus amigos solían huir “después de arrebatarle la cartera a las viejas”. Consiguió escapar de este túnel (tanto del literal como del metafórico) sólo después de que su

¹ Artículo basado en una presentación para la Escola Brasileira de Psicanálise, Seção Santa Catarina, Octubre de 2006. Adaptación al español realizada por Aida Ramos.

² En portugués, esta frase es mucho más ambigua que en español. Su traducción literal sería “Sólo el amor de una madre”, lo cual podría interpretarse como que sólo una madre puede amar o bien que el amor viene sólo de la madre. (n.t.)

³ Si bien no es todo lo preciso que nos gustaría, nos hemos decantado por el término “pandillero” por su internacionalidad. Otros sinónimos son “mara” en El Salvador, “parceiro” en Colombia o “ganguista” en Brasil. (n.t.)

⁴ Disponible en www.shinealight.org/ElTunel.html

madre cayera enferma. “Por culpa de las cosas malas que yo hacía (cosas de las que me arrepiento, como robar y esnifar pegamento) sufrió un aneurisma cerebral. Si le hubiese pasado algo peor nunca me hubiese podido perdonar todo lo que yo le hice a ella para que terminara así”. La ruptura con su pasado (el momento en que “salió a la luz”, tal y como lo describe en su vídeo) sólo llegó cuando vio cuánto había sufrido su madre por sus acciones.

Amparo, una mediadora de conflictos en el barrio de Kennedy, en Medellín, me contó una historia similar. En su barrio, el líder de los pandilleros era Jhonny, un asesino y traficante de la peor calaña, pero también un hombre con un cariño enorme y sincero por su madre. Le compraba una cosa detrás de otra: ropa, electrodomésticos, e incluso una casa. Jhonny sabía que lo que estaba haciendo no estaba bien, pero todo lo hacía para darle a su madre una vida mejor. Amparo conoció a la madre de Jhonny mediante una asociación vecinal y empezó a hablar con ella sobre la vida en el barrio, la violencia, la justicia y la exclusión social. Amparo averiguó que a la madre de Jhonny no le gustaba lo que hacía su hijo, pero que no quería criticarlo por miedo a perderlo. Consciente de cuánto había cambiado su vida tras leer la autobiografía de Gandhi, Amparo le regaló un ejemplar a la madre de Jhonny.

En las semanas siguientes, Amparo y la madre de Jhonny hablaron sobre Gandhi, reflexionando sobre la posibilidad de combatir la violencia con paz y ética. La madre de Jhonny admitió ser parte del problema: después de todo, aceptar regalos era lo que hacía que su hijo llevara la injusta vida de un delincuente y un asesino, el acto que le ofrecía expiación (o al menos justificación) por sus pecados. Llegó el Día de la Madre, probablemente la festividad más importante en Medellín, y Jhonny llegó por la mañana con un regalo especial para su madre: un caro reloj de oro. La madre reunió todo su valor y dijo: “No lo quiero, hijo mío. Pero el día en que me traigas un regalo ganado con el sudor de tu frente será el mejor día de mi vida”.

Jhonny, el brutal pandillero, lloró lo suficientemente alto como para que lo escuchara todo el vecindario. En una semana dejó la pandilla y se marchó al extranjero, donde ahora es director de un programa de resolución de conflictos para jóvenes, y desde donde escribe a su madre.

Mientras trabajaba con niños y muchachos de las favelas más violentas de Recife, Brasil, me sorprendió su habilidad para memorizar largas y complejas letras de canciones de rap. Una de las canciones que todos los niños se sabían era “*Desculpa Mãe*” (Perdóname, madre), del grupo *Facção Central*:

*No merezco la lágrima que rueda por tu mejilla
Cuando ves que no hay comida en la mesa...
Perdóname, madre, por robar la sonrisa de tus labios.*

Tanto en pandilleros en Brasil, asesinos a sueldo en Medellín, o ladrones en Argentina el amor de una madre es una fuerza capaz de transformar a su hijo. Aquí quiero demostrar que este amor es también la fuerza que constituye al sujeto ético.

La vida del pandillero promete un camino directo con lo que la tradición psicoanalítica francesa llama *jouissance* (generalmente traducido como “goce”): los placeres de las drogas, del sexo promiscuo y del miedo y el respeto de los demás. No obstante, lo que más me impresiona de este goce criminal es que sus placeres no emergen de la dinámica tradicional del deseo y la satisfacción, sino de la lógica freudiana más perversa del *Treib*, la pulsión. Para Jacques Lacan y Slavoj Žižek, la diferencia entre el deseo y la pulsión yace en su relación con lo misterioso (sea lo que sea), que inspira y centra lo deseado. Con la pulsión, uno accede al goce precisamente a través del *fracaso* de conseguir el objeto deseado, goza girando continuamente en torno a este objeto, aún sin poder alcanzarlo⁵. Pensemos en la visita a un centro comercial: no compramos más y más cosas por el hecho de tenerlas, sino por la extraña felicidad de volver a casa y varios días después decir: “La verdad es que esto no es exactamente lo que yo quería. Volvamos al centro comercial”.

Muchos adolescentes adictos a la heroína me han dicho que la primera vez que usaron la droga fue como entrar en el paraíso, pero que las demás veces fue simplemente un vano intento de volver a tener aquella primera experiencia. Lo que convierte la droga en

⁵ Véase Slavoj Žižek, *Visión de Parálaje*: Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006

una adicción no es tanto la fisiología como el ritual: la compra subrepticia, limpiar la aguja, atarse el brazo... *y siempre sabiendo que no va a funcionar, que el paraíso de la primera experiencia nunca volverá a alcanzarse.* Al principio, el goce viene de la heroína, pero después de eso viene del *fracaso* de la droga, de la constante circulación sin sentido en torno al objeto, como un planeta atrapado por la gravedad de un agujero negro.

La vida del pandillero se rige por las mismas reglas, encontrando su goce en el fracaso de las drogas, el poder y el sexo. El Comando Vermelho (la mafia de drogas más poderosa de Río de Janeiro) toma como eslogan “el lado correcto de la vida errante”⁶, una poderosa descripción de la pulsión. “Errante” significa erróneo, fallido, pero aún conserva vestigios de su significado original: “itinerante” o “perdido”, como el caballero errante o el judío errante⁷. El “lado correcto de la vida errante” significa que uno encuentra su goce en el acto de errar, en la vana y vagante circulación en torno al objeto ausente o inalcanzable que inspira deseo.

Si enmarcamos este problema en un contexto teológico (un lenguaje en el que los pandilleros se encontrarán más a gusto que en el del psicoanálisis lacaniano) podríamos decir que el *pandillero peca mucho para escapar del pecado original.* La pistola ofrece un poder casi ilimitado al niño o adolescente, proporcionando un delirio de omnipotencia al igual que el camino fácil a la dicha proporcionado por las drogas y el sexo. Como bien sabía San Agustín, la carencia y la impotencia estructuran lo que significa ser humano, lo incompleto que la tradición teológica llama “pecado original.” Los pecados del pandillero se afanan en cubrir este vacío con el fin de obligarse a creer que la dicha y la realización son posibles.

Desde que Platón escribió el *Simposio*, una metáfora ha dominado la manera de entender el amor en Occidente: la historia que Platón pone en boca de Aristófanes. En tiempos del mito, los seres humanos eran íntegros, completos, plenos, pero en una gran tragedia estos seres fueron divididos, y ahora pasamos nuestras vidas buscando a

⁶ En portugués, “*O lado certo da vida errada.*”

⁷ Figura de la mitología cristiana. La leyenda relata que el hijo de un zapatero judío insultó a Jesús durante la Crucifixión, por lo que éste lo condenó a “errar hasta su retorno”. Por tanto, el zapatero debe andar errante por la Tierra hasta la segunda venida de Cristo. (n.t.)

nuestras “medias naranjas” para poder ser completos de nuevo. La “vida errante” del pandillero desempeña el mismo papel que el objeto amado en el mito de Aristófanes: se supone que nos completa, que nos da acceso directo al goce, a vencer el pecado original.

A los pandilleros y drogadictos no se les escapan los errores de esta teología. Saben bien que las drogas, el sexo y las pistolas no los completan, sino que los meten en una espiral infinita de fracaso en torno a lo que desean: deberíamos tomarnos en serio sus metáforas de “no ir a ninguna parte” y “caminar en círculos” como un modo de describir la dinámica del pulsión. “La gente que vende droga también distingue entre lo que está bien y lo que está mal,” me decía un joven artista de rap brasileño. “Sólo que lo saben de manera diferente”⁸.

La pregunta fundamental, pues, se convierte en qué puede romper el goce circular de la pulsión. Alejandro lo describió perfectamente cuando dijo: “Si le hubiese pasado algo peor nunca me hubiese podido perdonar todo lo que yo le hice a ella para que terminara así”. Para él, el sufrimiento de una madre fue lo único lo suficientemente fuerte como para romper la pulsión, la ilusión de plenitud. Perdonándonos (o culpándonos) a nosotros mismos nos desdoblamos. Una parte de nosotros perdona, mientras que la otra es perdonada. Este desdoblamiento nos permite mirarnos a nosotros mismos, reflexionar, examinarnos: es como si nos quedáramos fuera mirando al interior. Aquí encontramos la definición filosófica de conciencia, el nacimiento del sujeto. Cuando la madre de un pandillero empieza a sufrir, su mundo autónomo se derrumba, toma conciencia de sus acciones, y entonces llega a reconocer que existe algo real fuera de su pulsión. “Tomé conciencia, y ahora quiero apoyarla como pueda,” dice Alejandro en su película. “Y sobre todo, valorar la vida. La vida y a las personas que nos rodean...”. Esta “llamada de la conciencia” (una llamada que divide al sujeto entre la parte culpabilizadora y activa y la parte culpada y pasiva) da lugar al sujeto. Y lo que es más importante, este sujeto se dirige al otro, a lo bueno de “las personas a nuestro alrededor”.

⁸ MC Chipán, en *City of Rhyme* (Shine a Light, 2007)

La mayor parte de la teología europea ha llegado a ver la gracia divina a través de los ojos de los griegos, con su anhelo de plenitud y unión, pero los pandilleros la entienden de un modo mucho más profético y hebreo. Como el dolor de una madre que rompe el pulsión circular de la delincuencia y la droga, la llamada de Dios llegó a los profetas esencialmente como una *ruptura* en sus vidas. La sabiduría de los pandilleros nos muestra que la verdad del amor es exactamente lo contrario de lo que enseñaban Aristófanes y Platón: *el amor no nos completa. Rompe la economía de la pulsión. Divide*. Y como tal, permite a una persona verse a sí misma. Cuando el dolor y el amor de una madre obligan a su hijo a mirarse a sí mismo honestamente, entonces es cuando puede convertirse en un sujeto real.

Una madre crea el espacio en el cual su hijo puede convertirse en sujeto. Primero, enseña a su hijo que no es omnipotente, que no tiene acceso directo al goce o la plenitud. Después, cuando el hijo se ve a sí mismo en los ojos de su madre, también ve a su madre mirándolo. Se ve a sí mismo como el *objeto* de la mirada de la madre, pero también como un *sujeto* capaz de mirarla a ella. En medio del amor de una madre el hijo adquiere una conciencia. “Amor de madre” no es un eslogan cínico, ni tampoco pesimista o nihilista. Critica el mito del amor como el encuentro de dos mitades separadas, pero también insiste en que aunque el amor no es unión, aún existe, y en que es lo suficientemente poderoso como para obligar a un pandillero a cambiar su vida.

Sin embargo, lo más importante es que la frase “Amor de madre” nos muestra que el amor no sólo viene de la madre. Podríamos ver este mismo proceso en el amor de un padre, o un cónyuge, o un amigo. El amor se produce cuando adquirimos la capacidad de dividirnos, de criticarnos, de mirarnos desde fuera. El amor de una madre da origen a algo más que a un niño: da origen al sujeto.